

Sacando nuestras miradas de los weones

- Sonia Johnson

Traducción Mariana Villaverde

Todas las mujeres en el patriarcado somos criadas para ser esclavas y prostitutas. Todas nosotras, en algún sentido, somos, o fuimos, prostitutas y esclavas; y lo cierto es que muchas de nosotras continuaremos siendo para el resto de nuestras vidas. Y esa es la esencia, la propia naturaleza de la crianza que hemos tenido: cegarnos de nuestra condición, así como de las mecánicas de nuestra esclavitud. Aquellas de nosotras, en tanto, que hemos crecido y sido criadas en los tradicionales ambientes Judeo-Cristianos fundamentalistas, tenemos un mirar más atento hacia la mecánica de ese proceso de crianza, a diferencia de algunas otras. La verdad es que probablemente podemos ser más confiadas en haber mantenido una visión clara del feminismo, una vez que la vimos, de lo que pudieron aquellas que crecieron como Unitarias o Quakers o Metodistas y Presbiterianas, porque, pudimos ver el patriarcado delante de nosotras todo el tiempo, alrededor de nosotras durante todo el día, todos los días.

Y lo que nosotras sabemos, lo que percibimos, luego que de poder ver lo que estábamos viendo y rechazarlo (arrancarlo de nuestras almas y sacar todo afuera), con lo que pudimos quedarnos fue en el entendimiento de la familia patriarcal con el hombre en el tope como dios, y la mujer y los hijos como inferiores debajo de él, literalmente debajo de él.

Nosotras entendemos, entonces, que ese paradigma de poder/sobre, ese paradigma sadomasoquista que es el patriarcado, se extiende a todo, que ese es el modelo para todas las instituciones sociales, económicas, para las políticas internacionales. Es el blanco encima en la posición de macho como dios, personas de color por debajo en la posición de mujer como gusanos. Es el rico como macho encima, pobres como la fémina debajo. Es el ser humano encima, y todos los otros seres vivos debajo. El grande encima, el pequeño debajo, países grandes como machos, países pequeños como femeninos, y así podría continuar.

Ahora, donde aprendemos que eso es natural y normal es en la familia. Todas nosotras tuvimos una, y algunas de ellas, como yo digo, fueron más descaradamente patriarcales que otras. Algunas de nosotras tuvimos una educación realmente completa, y como fue dicho en la introducción, yo tuve una de las mejores que ya existió. Estoy agradecida a los ancianos Mormones por una educación verdaderamente incomparable en la ontología patriarcal. No puedo ser

engañada nuevamente, y no pueden ustedes Católicas graduadas o cualquiera otra de ustedes que fueron realmente creyentes en cualquier religión.

Cuando yo digo que todas las mujeres han sido criadas como esclavas o prostitutas, estoy hablando de la crianza que comenzó en casa. Todas las otras instituciones de la sociedad participan activamente en ella, eso está claro. No importa como somos criadas, como prostituta o como esposa que es la misma cosa, de igual manera, somos criadas en la familia patriarcal exclusivamente para servir funciones sociales.

No importa la forma que la crianza lleva, ella siempre tiene el mismo objetivo: hacernos sentir inútiles y dependientes. Obviamente el incesto es una herramienta de la crianza por excelencia; un incidente de incesto es todo lo necesario que existe para enseñarnos nuestro papel en el patriarcado. Es una traición de confianza tan profunda, principalmente de la confianza en nosotras mismas. Este es proyectado para hacernos sentir impotentes, para quebrar nuestro círculo interno de confianza, y por lo tanto, para hacernos sentir totalmente dependientes de los hombres. Este funciona para hacernos creer apasionadamente que precisamos de un salvador, que los hombres nos deben salvar, que nosotras tenemos que pasar por ellos para ser salvadas. Y, finalmente, que de alguna forma tenemos que *llevarlos a cambiar sus mentes* sobre nosotras. Tenemos que hacerlos concordar que el comportamiento de ellos es terrible y hacerlo parar.

Nuestra crianza nos enseña lo absurdo: “que nosotras tenemos que hacer que los esclavos liberen a las esclavas.”

Ese es el objetivo de la crianza: hacernos creer que debemos siempre pasar por otra persona para ser libre. Es claro que la razón por la cual somos educadas a eso es porque la libertad nunca acontece de esa forma: tiranos nunca liberan a los esclavos. Es una verdad histórica que los oprimidos siempre deben levantarse y liberarse, y al liberarse liberan a todo el mundo. Lo cierto es que el cambio radical, el cambio desde la raíz, debe ser hecho por nosotras.

Hay muchas razones para estar en la única posición, históricamente hablando, de cambiar las cosas. Una de ellas es el principio básico de la tiranía: los opresores son siempre menos libres que los oprimidos. Otra es que, como mujeres, nosotras estamos verdaderamente fuera del sistema de los hombres. Virginia Woolf dice eso, ustedes saben. Ella sostiene en *Tres Guineas* que las mujeres son la “Sociedad de Extranjeras”, que es donde nosotras tenemos nuestro poder.

Nosotras tenemos poder, significando la capacidad de efectuar cambios, fuera del sistema, porque es donde en verdad vivimos políticamente, psíquicamente; ese es, por lo tanto, el único lugar donde somos auténticas, y sólo podemos tener poder donde somos realmente auténticas. También tenemos poder allí porque estar afuera y ser esclavas significa ser flexibles; los esclavos tienen que ser casi sobrenaturalmente flexibles, a fin de sobrevivir. Y una de las leyes más importantes de la cibernética es que el elemento más flexible en cualquier sistema es el elemento que controla. Los hombres son limitados por sus privilegios, no tienen flexibilidad, no pueden cambiar su sistema, mismo si quisiesen, aunque ellos realmente no quieren. Teniendo el elemento de la flexibilidad en este sistema, las mujeres están ahora en el control del planeta. Nuestro comportamiento, y no el de los hombres, irán a determinar el curso de los acontecimientos.

Aunque condicionadas, criadas como nosotras fuimos, esta es la concepción más difícil para nosotras, y la mayoría de nosotras continuamos creyendo que debemos hacer que los hombres cambien sus caminos, que somos dependientes de legisladores para aprobar leyes, por ejemplo. ¡Pobre vida! ¿Cuándo fue que ellos en el control alguna vez desistieron de una cantidad significativa de él para dominar? ¿Usted consigue pensar en una única vez en la historia?

Bien, eso nunca aconteció y no irá a acontecer. Nosotras deberíamos haber aprendido eso con la Enmienda de Igualdad de Derechos. Entonces, si nosotras no aprendemos, ¿qué es lo que será necesario para poder enseñarnos eso? No aprender eso es parte de nuestra crianza, de nuestro profundo condicionamiento. Somos tan profundamente dependientes, profundamente serviles, de manera que nuestra “actuancia” feminista se camufla superficialmente.

Ese es el objetivo principal de la crianza: hacernos creer que los hombres deben cambiar el mundo para nosotras, y que somos impotentes para cambiar la realidad a menos que los hombres cambien primero. Pero la verdad es que ellos no van a cambiar (no pueden cambiar), por eso no tenemos por qué perder nuestro tiempo intentando llevarlos a eso. Nosotras somos las únicas que tenemos que intentar cambiar, porque nosotras sí podemos. Y cuando cambiamos, todo adentro de nosotras tendrá que cambiar para acomodarse a nuestra nueva manera de ser en el mundo, inclusive los hombres, pero eso en este momento no viene al caso.

El principio subyacente a toda crianza - como usted obtiene este efecto, como usted llega a este objetivo de hacernos a las mujeres creer que nuestra salvación depende del comportamiento de otra persona – es que usted lleva a alguien a hacer todo en relación a otra persona que ellas perciben como más poderosa;

usted las lleva a siempre consultar una imagen de otra persona en sus mentes, para que se digan a sí mismas, para decirnos a nosotras mismas como mujeres por ejemplo, “¿Ahora, cómo es que los hombres respondieron a eso?”, cada vez que tomamos una decisión; o “Si hiciéramos eso, ¿qué harían ellos?” Siempre se trata de ser relacional, consultar los grandes maestros en nuestras psiques cada vez, eso es servidumbre.

Cuando las mujeres tornamos a nuestros estados internos, a nuestro bienestar, dependientes del comportamiento de los hombres, comportamiento que no podemos controlar ni mudar, nosotras desistimos de toda chance de independencia y libertad. Nuestra libertad debe depender exclusivamente de nosotras, somos las únicas a las que podemos cambiar y controlar.

Debemos entender e internalizar el hecho de que los hombres son totalmente irrelevantes ahora, en la medida en que el cambio está comenzando. Entonces, podemos dejar de mirar a ellos y mirar para nosotras mismas para crear una nueva realidad brillante aquí y ahora, en medio del putrefacto, en colapso, viejo mundo de los padres.

En cuánto estemos focalizadas en los hombres, nosotras nunca veremos que la puerta de nuestra celda está abierta, está abierta no para el patriarcado sino para nuestro poder. Mientras más nos concentramos en los hombres, haciendo todo con nuestros proxenetas en mente, nunca nos vamos a liberar. Nuestros proxenetas son los hombres que nos rodean. Ellos son los legisladores, profesores, ministros, son nuestros padres, nuestros maridos, nuestros hijos. Ser todo en relación a ellos es esclavización.

Yo aprendí eso como prostituta en el Mormonismo, en una casa Mormón, así como en la iglesia, y en el Partido Demócrata, y en grupos liberales, y progresistas, y de izquierda, y en la Organización Nacional para las Mujeres que es modelada, y también, en la familia patriarcal. Aprendí esas cosas en el mismo lugar que ustedes aprendieron también. Todas nosotras las hemos aprendido de la manera más difícil.

Cuando yo escapé del Mormonismo, miré para afuera y vi que todas las iglesias eran la iglesia Mormón. Miré más lejos y vi que el mundo entero era la iglesia Mormón. A lo largo de los años, cuánto más me quedaba mirando, vi que el Congreso, la legislatura y los partidos políticos, y Mother Jones y la radio pública nacional también todos eran la iglesia Mormón, ustedes ya saben: “Nada de Nuevo Considerado”, “Las mismas cosas viejas consideradas”. Yo vi que todos eran El Viejo Club de los Hombres.

Y decidí que no iba a escapar de un burdel sólo para quedar presa en otro; que había algo básicamente errado con el pensamiento de que cualquiera de esas instituciones era el Nuevo Mundo. Entonces, me pareció que era hora de yo sacar mi mirada hacia los weones, librarme de la creencia supersticiosa de que si yo no monitoreaba todas las cosas que ellos hacían, si yo no los agarraba, les imploraba, les presionaba, les insultaba y gritaba, les saltaba y demandaba, ellos irían a enloquecer y matarnos a todas.

Pero eso es absurdo, es claro, porque todas las evidencias muestran que los hombres han enloquecido *de cualquier manera*. Como nuestros ojos han estado fijos, sin pestañar, en los rostros de ellos día y noche por miles de años, ellos han quedado cada vez más locos. Con nuestra atención concentrada en ellos, nos están matando y al mundo que nos rodea diariamente. La evidencia es que con nuestro comportamiento reactivo, temeroso, dependiente, fuimos facilitando el patriarcado en todas sus manifestaciones a lo largo de la historia. Hemos sido criadas para hacer eso, para mantener nuestros ojos en nuestros patriarcas, nuestros rufianes, y así no vamos a poder mirarnos a nosotras mismas y ver las alternativas deslumbrantes.

Yo ya vi que eso no nos había llevado a ningún lugar, era hora de parar de hacer eso. No tenemos mil años para obtener un número suficiente de mujeres en nuestras legislaturas y nuestro Congreso. Y aunque lo consiguiéramos, ellas serían todas imitadoras del patriarcado en el momento en que llegasen allá.

No tenemos tiempo. Tenemos, tal vez, diez años. Eso significa, que nosotras tenemos que aprender con la historia que la resistencia y la cooperación con el opresor no funcionan. Todas esas maneras para intentar cambiar las cosas no funcionarían ni funcionaron. Estructuras jerárquicas no funcionan. Ellas son todas copias de la estructura patriarcal, un paradigma que ha fallado y que lo conocemos completamente.

Entonces, así decidí que ya era la hora de rechazar esa crianza. Es tiempo para desprogramarme a mí misma y parar de concentrar todo mi tiempo en los weones, en los proxenetas del mundo, parar de hacer todo lo que yo hago en relación a ellos, en reacción a ellos, parar de cambiar mis sentimientos de bien estar dependientes del comportamiento de ellos, parar de pensar sobre ellos (¡ellos son tan chatos, tan estúpidamente chatos!). Podemos prever todo lo que ellos van a hacer, cada cosa salvaje, bruta, horrible, grosera, que irán a hacer. Sabemos todo de memoria. Nosotras no precisamos ver eso más, ¿no es cierto? ¿Tú precisas? Yo realmente no. Ya vi mucho de eso, y lo conozco desde dentro hacia fuera.

Me parece que lo que yo intento hacer es lo que me dice mi condicionamiento profundo en no hacer, hacer la cosa que más me asuste, hacer algo que nunca me fue enseñado o de lo contrario moriría, y eso es sacar nuestras miradas de los weones, y tomarnos en serio nuestro cambio. Parar de posibilitar el sistema de los hombres, el patriarcado, parar de sostener que ellos van a cambiar el mundo, y que yo alguna vez trate de intentar llevarlos a hacer una cosa redentora nuevamente. Ellos no lo van a hacer, no podrían ni si quisiesen. Y entenderme con la verdad de que si yo quiero el mundo de otra forma, *yo misma* debo intentar cambiarlo de esa manera.

El mensaje más importante que mi vieja sabia interior ya me dio es que la transformación de este mundo me cabe a mí misma y a ti. ¡Qué alivio! Ahora que sabemos que tal responsabilidad corresponde a las mujeres, al fin será hecha.